

Filosofía, Psicologías y Etología cognitiva: Algunos comentarios sobre la propuesta dennettiana y otros aportes naturalistas

MARIELA AGUILERA^{*}

Resumen: la mente animal ha atraído la inquietud de muchos filósofos. Este tópico reaparece actualmente en algunas discusiones centrales de la filosofía de la mente por el impacto que han recibido de las investigaciones realizadas en ámbitos científicos. Sin embargo, no está muy claro cómo estos dominios, el filosófico y el científico, se relacionan. En este trabajo presentaré la posición de Daniel Dennett en el marco de la separación que propone entre una psicología personal —la teoría de la actitud intencional— y una psicología sub-personal, destacando las interrelaciones que estas psicologías deberían mantener. Luego introduciré algunos elementos y consideraciones de filósofos interesados en brindar un marco teórico/metodológico para el estudio del comportamiento animal, marcando, simultáneamente, algunas intersecciones con la etología cognitiva. Finalmente, explicitaré algunos de los presupuestos y consecuencias meta-filosóficas que se siguen de las propuestas presentadas, que muestran por qué éstas son preferibles sobre otras.

Palabras Claves: psicología personal, psicología sub-personal, intencionalidad, mente animal, filosofía de la mente, Dennett.

Summary: the animal mind has attracted the attention of many philosophers. This topic has actually reemerged in central discussions inside the philosophy of mind, thanks to the impact received from scientific research. However, the way in which the philosophic and the scientific domains relate to each other is not very clear. This article presents Dennett's position, the division he proposes between a personal psychology —the theory of intentional stance— and a subpersonal psychology, pointing out the relations that exist between these two psychologies. This paper also introduces some elements and considerations presented by philosophers who are interested in providing a theoretical and methodological framework for the study of animal behavior, drawing attention, at the same time, to some intersections with cognitive ethology. Finally, I will state some reasons why these proposals are preferable to others, by considering some metaphilosophic assumptions and consequences which follow from them.

Keywords: personal psychology, subpersonal psychology, intentionality, animal mind, philosophy of mind, Dennett.

1. Introducción

La mente de los animales no-humanos es un tópico que se inscribe en la filosofía contemporánea de la mente como un capítulo del problema tradicional más amplio de las otras mentes, y está íntimamente vinculado, además, con el planteo de la relación entre lenguaje y pensamiento. Las preguntas que caracterizan estos

^{*} Filosofía · Facultad de Filosofía y Humanidades · Universidad Nacional de Córdoba (Córdoba Capital, Argentina); aguileramarielaphi@hotmail.com

dominios filosóficos son por ejemplo: ¿es la mente un rasgo exclusivo de las criaturas lingüísticamente competentes?, ¿qué papel cumple el lenguaje en el pensamiento?, ¿qué criterios —si los hubiera— nos autorizan a interpretar literalmente la conducta animal mediante la adscripción de estados mentales?, ¿qué tipo de estados mentales podemos adscribir apoyados únicamente en evidencia conductual no lingüística? Sin embargo, no se trata de una preocupación privativa de los debates filosóficos recientes, pues muchos filósofos, al considerar la mente humana, se han visto obligados a tomar una posición respecto de la mente de otros animales. Descartes (1637) por ejemplo, al considerar el razonamiento y el empleo creativo del lenguaje humano como rasgos definitorios de la mente, sólo vio en los animales sistemas mecánicos o autómatas, carentes de mente. Donald Davidson (1985), más recientemente, sostuvo que la competencia lingüística era un requisito indispensable para el pensamiento y la racionalidad, con lo cual mantuvo que la adscripción de creencias y otros estados mentales a animales debía ser tomada como metafórica.

En gran medida, las respuestas dadas comúnmente a la cuestión particular de la mente animal están articuladas con una concepción filosófica más amplia de lo mental, que generalmente tiene como parámetro la mente humana. Sin embargo, en los últimos años, el debate filosófico acerca de la mente en general y de la mente animal en particular, se destaca por el intento de algunos filósofos de sustentar una posición respecto de la mente animal, que sea permeable a las investigaciones empíricas realizadas por diversas disciplinas científicas, a saber: la psicología cognitiva, la etología cognitiva, la neurofisiología, la lingüística y la biología evolutiva entre otras. Daniel Dennett (1987, 1996) es un ejemplo de ello y, consecuentemente, ha intentado caracterizar a lo largo de su obra los distintos tipos de mentes no-humanas compartidas por diversas especies biológicas. En lo que sigue, su posición se presentará destacando su propuesta acerca de cómo interrelacionar los distintos enfoques —filosófico y científicos. Luego, su propuesta se emparentará con una serie de enfoques interdisciplinarios, mostrando los puntos de contacto de sus ideas con las provenientes de la etología cognitiva. Finalmente, se defenderá que los supuestos meta-filosóficos que subyacen a este enfoque abren nuevas e interesantes perspectivas para la consideración de la mente animal.

2.1 La propuesta de Daniel Dennett: ¿Tienen creencias los animales no humanos?

De acuerdo con la concepción dennettiana, la adscripción de creencias y otros estados mentales tales como deseos e intenciones, descansa en la adopción, por parte de un intérprete, de una actitud determinada que Dennett denomina “actitud intencional” para explicar o predecir la conducta de un sistema. Esta estrategia consiste en “tratar al objeto cuyo comportamiento se quiere predecir como un agente racional con creencias y deseos y otras etapas mentales que exhiben lo que

Brentano llama *intencionalidad* (Dennett, 1987, 27), donde por intencionalidad se entiende la propiedad, característica de los estados mentales, de “ser acerca de otra cosa” (Dennett–Haugeland, 1987). Desde esta perspectiva, el concepto de creencia se refiere a aquellos estados de información discernidos desde la actitud intencional, que están adscriptos a un sistema en virtud de las ventajas obtenidas por un intérprete al proyectar principios de racionalidad, todo ello para explicar o predecir el comportamiento del sistema, observando su conducta y las demás relaciones que mantiene con el contexto social y biológico en el que se encuentra (Dennett, 1987). Estos principios de racionalidad implican (i) coherencia, que el sistema actuará conforme a las creencias y deseos que persigue; (ii) holismo, que las creencias y deseos adscriptos a un sistema deben relacionarse lógicamente con otras creencias y deseos del sistema; y (iii) optimalidad, que estos estados mentales le permiten al sistema adaptarse a las presiones del entorno (Dennett, 1987). En este sentido, al adscribir creencias a un organismo se le atribuye la *disposición* a comportarse de cierta manera, siguiendo aquellos supuestos *normativos* e *idealizados* de racionalidad proyectados sobre su comportamiento, es decir, estados disposicionales del cuerpo y el cerebro (Frankish, 1998). Por lo anterior, para Dennett, preguntar si los animales tienen creencias es una cuestión relativamente simple acerca de la naturaleza de los estados cognitivos e informacionales que bastan para dar cuenta de sus *competencias* perceptivas y locomotrices (Dennett, 1998, 325).

Dado que, con frecuencia, es posible predecir o explicar exitosamente lo que un animal hará (o hace) simplemente señalando lo que percibe y calculando lo que quiere —es decir, poniendo en práctica la estrategia de tratar a los animales como “agentes racionales” cuyas acciones son las más apropiadas para conseguir, con base en otras creencias, los deseos que persiguen—, Dennett concluye que los animales pueden considerarse “verdaderos creyentes”. Pues el hecho de que la estrategia funcione es suficiente para considerarlos, literalmente, sistemas dotados de creencias y otro tipo de estados mentales o como Dennett los denomina “sistemas intencionales”. Pues, tal como Dennett insiste numerosas veces:

[P]ara ser un verdadero creyente *no hay más que* ser un sistema cuya conducta se puede predecir de manera fiable por medio de la estrategia intencional y, por lo tanto, para creer real y verdaderamente que *p*, *no hay más que* ser un sistema intencional para el cual *p* ocurre como creencia en la mejor (más predecible) interpretación. (Dennett. Citado en: Lyons, 1995, 25. *La traducción es mía*).

Así, el concepto de creencia dennettiano es lo suficientemente permisivo y no tiene implicaciones específicas acerca del formato o de las estructuras de información en los cerebros animales. Simplemente requiere que, cualquiera sea la estructura, el animal exhiba el tipo de conducta que se predice adecuadamente a partir de la actitud intencional. Por lo cual, las diferencias existentes en la estructura y en los procesos responsables de que diversos organismos tengan creencias con distintos grados de sofisticación, no marcan en lo absoluto un abismo profundo entre los

agentes racionales genuinos y los demás sistemas intencionales ni, en consecuencia, entre la mente humana y la de otros animales (Dennett, 1996; 1998, 331–325).

Ahora bien, ¿qué implica literalmente la actitud intencional acerca de la creencia animal, esto es, acerca de lo que sucede en la mente de los animales? Para Dennett, las atribuciones de creencias de la actitud intencional, pese a todas sus limitaciones, son tan *literales* como cualquier atribución de creencias —incluyendo auto-atribuciones. Para él no hay hechos profundos acerca de las creencias de los animales —como tampoco hay hechos profundos acerca de las creencias humanas. Pues, conforme con esta perspectiva, *creer que p* es simplemente estar dispuesto a comportarse como un agente racional lo haría, dados otros deseos y creencias cualesquiera sean los mecanismos. Como consecuencia, aunque para Dennett la actitud intencional permite generar modelos objetivos y útiles de la realidad, no cree, sin embargo, que provean una descripción de *hechos* acerca de lo que ocurre en las cabezas ni, puntualmente, en el cerebro. Una verdadera descripción de los *hechos* debería provenir de una neurofisiología madura desarrollada en el marco de una perspectiva física, o bien, de una teoría funcional de la mente, en el marco de una psicología cognitiva (Dennett, 1987; Lyons, 1995, 22–24; Skidelsky, 2006, §1). Desde este punto de vista, adoptar la actitud intencional es una decisión pragmática que puede justificarse del siguiente modo: al descansar en supuestos normativos e idealizaciones, la actitud intencional se comporta como un dispositivo *útil* para predecir y explicar el comportamiento de un sistema, para lo cual, lo único que se requiere es que el organismo sea *sensible* a las condiciones cambiantes del entorno y responda *racionalmente* a los cambios que percibe, sin considerar cuál es su estructura interna (Dennett, 1996, 80).

Al dar cuenta de las diferencias existentes respecto de estas prácticas explicativas/predictivas, Dennett propone diferenciar dos tipos de psicologías: una *personal* y otra *sub-personal*. En el próximo apartado, intentaré caracterizar brevemente algunos de los rasgos de estas formas de psicología para luego relacionarlas. Creo que esta distinción es muy relevante para comprender y apreciar el valor de la propuesta dennettiana frente al estudio de las capacidades cognitivas de los animales no humanos.

2.2 Psicología Personal vs. Psicología sub-personal: características y relaciones

Una vez establecida la separación de estos dominios explicativos heterogéneos: el intencional, el funcional y neurofisiológico; además la diferenciación de una actitud *normativa* —la adscripción intencional— y de una “verdadera” *descripción* de los “*hechos*” —de los mecanismos y procesos que subyacen a los estados mentales y de su implementación física—; Dennett distingue dos tipos de psicologías con intereses específicos: una teoría acerca de las competencias cognitivas —la teoría de la actitud intencional— de una teoría acerca de la ejecución de tales competencias. De aquí se desprende una caracterización de lo

mental en dos niveles nítidamente diferenciados: uno, en términos de una psicología “personal” y otro, en términos de una psicología “sub-personal”. Estos niveles recogen tanto diferentes tipos de discursos psicológicos como diferentes dominios de fenómenos (Dennett, 1969, §4; 1987, §3; Skidelsky, 2006). En “Personal/Sub-personal: The Problems of Inter-level Relations”, con el propósito de reconstruir esta distinción, Skidelsky toma los siguientes ejes: i) vocabulario, ii) propósito de la explicación, iii) tipo de explicación y iv) constricciones.

Por un lado, el nivel *personal* se caracteriza por dar descripciones y explicaciones del comportamiento de las personas —es decir, de sistemas totales, por contraposición a alguno de sus sub-sistemas— empleando categorías *intencionales* provenientes del discurso ordinario tales como los conceptos de creencias y deseos. Mediante la aplicación de estas categorías procura hacer inteligible o racional la conducta de un sistema. El tipo de explicación común a este nivel se basa en el principio de que si un agente desea x y cree que puede alcanzar x haciendo y , hará y . Como lo evidencian estas condiciones, el nivel personal supone esencialmente una concepción normativa de las personas como “agentes racionales que actúan en virtud de razones”.

Por otro lado, el nivel *sub-personal* incluye dos tipos de explicación: la neurofisiológica y la funcional o computacional, de aquí en más “funcional_s”. A diferencia del nivel personal, este nivel procura brindar explicaciones de los diferentes subsistemas que componen una persona en términos *neurocientíficos* o biológicos, o bien, en términos de una psicología cognitiva enfocada en el *procesamiento de información*. Ambos tipos de explicación intentan dar cuenta de cómo un sistema puede estar dotado de ciertas capacidades personales. Paradigmáticamente, estas explicaciones afirman que las condiciones de posibilidad para tener las capacidades cognitivas personales C son estados sub-personales, mecanismos, y cosas por el estilo, P , Q , R , etc. Estas explicaciones no se aplican a las personas como tales, sino a las relaciones de los subsistemas de una persona, por lo cual, las entidades que son los objetos de estas explicaciones no tienen que estar necesariamente condicionadas por restricciones normativas (Skidelsky, 2006).

Esta división intenta satisfacer diferentes demandas explicativas relativas a la pregunta de *por qué* funciona la estrategia intencional con ciertos organismos: la teoría de los sistemas intencionales responde, por su parte, que la estrategia funciona con tales organismos porque la evolución los ha diseñado para ser racionales, para creer lo que deben creer y desear lo que deben desear. Una psicología sub-personal, en cambio, intentará responder esta pregunta explicitando *cómo funciona el mecanismo* que la naturaleza ha provisto para tales criaturas (Dennett, 1987, 42). De modo que, por un lado, la teoría de los sistemas intencionales se ocupará únicamente de las competencias cognitivas de los ‘creyentes’ —de la producción de nuevas creencias y deseos a partir de los viejos por medio de una interacción entre las viejas creencias y deseos, las características del entorno

y las acciones del sistema— permaneciendo en silencio acerca del modo específico en que se implementan los sistemas. Por otro lado, la psicología cognitiva sub-personal se ocupará de las presiones sobre el *diseño* y la variación de la *implementación* de los diversos sistemas intencionales, y de cómo —mediante qué mecanismos— especies e individuos concretos funcionan exitosamente como sistemas intencionales.

La opinión acerca de las características y relaciones que se mantienen entre estos niveles explicativos y predictivos es muy diversa (Cf. Bermúdez, 2000; Davies, 2000; Skidelsky, 2006). Dennett, por su parte, ha insistido con frecuencia en la autonomía de cada una de estas clases de psicologías que se distinguen por perseguir intereses teóricos —predictivos y explicativos— diversos, así como también en virtud de principios y supuestos, vocabulario y ontología propios. Sin embargo, la estrategia de caracterizar las competencias cognitivas de los organismos empleando el lenguaje psicológico de la creencia y el deseo, sin tener en cuenta los verdaderos mecanismos, fases, estados o procesos de su diseño biológico, es uno de los aspectos que ha conducido a una interpretación instrumentalista de esta propuesta. No obstante, creo que esta lectura no tiene en cuenta las restricciones y presupuestos ontológicos impuestos por la teoría de la actitud intencional, según los cuales las creencias y demás estados mentales intencionales, sin ser parte del “mobiliario físico del mundo”, configuran no obstante modelos reales cuyo estatus deriva de la efectividad de la teoría para detectar ciertos patrones (Dennett, 1987, 75; 1998).

La posición que Dennett mantiene puede considerarse, en consecuencia, como una posición no-reductiva de los fenómenos mentales intencionales respecto de los mecanismos físicos y estructuras funcionales, sobre los cuales se implementan los sistemas intencionales (Dennett, 1987; 1998). Con todo, considera que ambos niveles, el personal y el *sub*-personal, pueden relacionarse entre sí de manera fructífera. En particular, sostiene que una teoría de la competencia puede plantear problemas a una teoría de la ejecución pues, “antes de que nos preguntemos cómo se diseñan los mecanismos, debemos tener claro qué es lo que se supone que harán (o podrán hacer) los mecanismos” (Dennett, 1987, 77).

Lo que Dennett sugiere es que la psicología personal debería trazar el camino a seguir por una psicología sub-personal, explicitando las diversas competencias que caracterizan un sistema (qué puede hacer) y, por lo tanto, explicitando qué tipo de tareas deben desarrollar los subsistemas que lo componen, es decir, poniendo al descubierto qué se supone que debería explicar una teoría sub-personal enfocada en los subsistemas. Sin embargo, la estrategia propuesta por Dennett no debe confundirse con la hipótesis de que las descripciones formuladas en términos del lenguaje psicológico del deseo y la creencia se correspondan con las descripciones de los mecanismos, de modo tal que para cada creencia adscripta a partir de la actitud intencional haya un mecanismo subyacente homomórfico, donde las inferencias adscriptas a los agentes racionales sean reflejadas por procesos

causales físicos en el cerebro, y la forma lógica de las proposiciones en las que se cree se reflejen en la forma estructural de los estados correspondientes. Pues, cuál sea el modelo adecuado *de procesamiento de información* es algo que debe comprobarse empíricamente.

Desde esta perspectiva, el lenguaje psicológico de la creencia y el deseo pueden funcionar dando los primeros pasos hacia la investigación de las estructuras y mecanismos que subyacen al comportamiento animal, discriminando las habilidades y capacidades cognitivas que constituyen su equipamiento evolutivo, principalmente, cuando no se dispone de una psicología sub-personal lo suficientemente desarrollada. Con todo, para Dennett, además de funcionar heurísticamente, abriendo camino hacia nuevas investigaciones empíricas relacionadas con los mecanismos que subyacen a las habilidades cognitivas de los sistemas, la psicología personal constituye un dominio de investigación empírica con importancia propia que permite generar hipótesis predictivas y explicativas acerca del comportamiento racional de los individuos de una especie, dependientes de realizar suposiciones acerca de su vida mental.

Dennett no está solo en esta perspectiva, pues en los trabajos de filósofos y científicos de diversos dominios que incluyen la etología cognitiva y la biología evolutiva esta heurística es aplicada al estudio —empírico y (meta)teórico— de las capacidades cognitivas de los animales. A continuación, presentaré los aportes de una serie de investigadores que, si bien pertenecen a diversas áreas disciplinares, convergen en estos puntos, tanto temática como estratégicamente. Al igual que Dennett, defienden que el estudio del comportamiento y la mente animal puede ser abordado desde diversos frentes, dentro de los cuales se encuentra la adscripción intencional. Estos aportes además de evidenciar ciertas intersecciones con la línea de investigación dennettiana expuesta, ofrecen simultáneamente algunos elementos que, a mi entender, la hacen más comprensible y atractiva.

3.1 Dennett en compañía: enfoques paralelos

Así como Dennett defiende la vigencia y legitimidad de diversas psicologías, de modo análogo, Jamieson y Bekoff afirman que el estudio de la conducta animal necesita abordarse desde distintos ángulos —desde un punto de vista mecánico, adaptativo, filogenético y desde la psicología del desarrollo— a los que la etología cognitiva puede contribuir de manera importante. Esta disciplina aborda el estudio del comportamiento animal suponiendo capacidades y mecanismos cognitivos que permiten explicarlo más allá de los constreñimientos del paradigma conductista en este campo. Su confianza en la etología cognitiva proviene de considerar que *un* lenguaje cognitivo permite iluminar diversos aspectos acerca de las mentes de los animales, de otro modo inaccesibles (Bekoff–Jamieson, 1992, 67–75). En este sentido, sostienen que este tipo de lenguaje proporciona una perspectiva interesante y aporta elementos conceptuales para guiar la investigación

empírica.¹ Con el mismo espíritu, Allen y Hauser, mediante su análisis acerca de la atribución de conceptos a animales no-humanos, pretenden proporcionar a los etólogos un nivel de descripción del comportamiento animal que resulte útil para diseñar experimentos. Junto a Bekoff y Jamieson, sostienen que una terminología mentalista brinda a los etólogos un modo de describir a los animales que permite explicar su conducta dentro de un marco evolucionista y de un modo comparativo entre diversas especies (Allen–Hauser, 1991; Bekoff–Jamieson, 1992).

Los autores afirman que un lenguaje psicológico es apropiado para tal propósito debido a que los estados mentales relacionan un organismo con su entorno circundante mediante la noción de *contenido*, con base en la suposición de que los estados mentales son adaptativos en la medida en que su contenido logre los vínculos apropiados entre el entorno y la conducta (Allen–Hauser, 1991, 49). Con respecto a este punto, Jamieson y Bekoff consideran que, de no utilizarse un vocabulario psicológico, no sería posible dar cuenta del “significado” de la conducta animal, lo cual entraría en conflicto con la perspectiva funcional que adoptan las teorías evolutivas, “funcional_e”, perspectiva que supone que el organismo *hace* aquellas cosas que le resultan útiles para adaptarse al entorno, de modo tal que se considera que tales acciones se encuentran guiadas por ciertos *propósitos*, en virtud de los cuales resultan significativas (Bekoff–Jamieson, 1992).²

Evitar un depredador puede tomar distintas formas, y dado que ningún animal no-humano es más infalible que los animales humanos, tales conductas pueden fracasar, u ocurrir incluso cuando ningún depredador se aproxima a una distancia notable. En muchos casos, debemos estar dispuestos a decir que el animal está tratando de evitar un depredador, sin embargo, una descripción del comportamiento del animal sólo en términos de movimientos corporales observables no permitiría esta consideración (Bekoff–Jamieson, 1992, 72).

Estos autores sostienen que las observaciones realizadas desde el punto de vista funcional_e que adoptan las explicaciones evolutivas trascienden un marco meramente conductista, puesto que “Los mismos movimientos corporales pueden

¹ Uno de los ejemplos tratados por estos autores es el de juegos (sociales) que se producen entre caninos (Cf. Bekoff–Jamieson, 1992; Allen–Bekoff, 1994; Bekoff, 1999). También de Waal (1996) menciona otros ejemplos de juegos entre animales). El punto es que los juegos son un tipo de comportamiento que requiere el reconocimiento de las intenciones de quienes participan, de ese modo puede distinguirse, por ejemplo, el inicio de un juego de las conductas genuinamente agresivas, a pesar que involucren movimientos y gestos similares.

² Nótese que la caracterización funcional de la que hablan estos autores no se identifica con la caracterización funcional perteneciente al nivel *subpersonal* de la que habla Dennett. Para ellos implica únicamente que la adscripción de estados mentales debe pensarse en un plano evolutivo, en el contexto de aquellas cosas que un organismo hace para satisfacer sus necesidades de supervivencia. En este contexto, una caracterización funcional supondrá que el organismo *hace* aquellas cosas que le resultan útiles para adaptarse al entorno, de modo tal que, al asumir que un organismo es capaz de representar su entorno, se supone que tales representaciones le confieren ventajas adaptativas (Cf. Cheney–Seyfarth, 1990, 176; Bekoff–Jamieson, 1992). Por eso uso “funcional_s”, para referirme a la perspectiva que cae dentro del punto de vista subpersonal, y “funcional_e”, para referirme a la perspectiva que cae dentro de una concepción evolutiva.

tener diversos significados, y la misma conducta, definida en términos funcionales, puede involucrar diferentes movimientos corporales” (Bekoff–Jamieson, 1992, 73). En esto coinciden con Dennett, quien en diversos lugares insiste en que el empleo de un lenguaje mentalista se requiere para dar cuenta de ciertas conductas —tales como las conductas de engaño producidas por los monos verdes— que no podrían explicarse apelando únicamente a principios conductistas (Dennett, 1987, §7; Cheney–Seyfarth, 1990a, 1990b).³ Esta perspectiva funcional_e, adoptada por las explicaciones evolutivas, opera vinculando ciertos rasgos (fenotípicos) de los organismos en virtud de las ventajas adaptativas que revisten sin tener en cuenta sus mecanismos causantes, pues lo que importa en estas explicaciones es la *ventaja selectiva que tales rasgos revisten*. Bekoff y Jamieson ilustran este procedimiento con el siguiente ejemplo: en biología evolutiva, los órganos fotosensibles, compartidos por diversas especies biológicas, son caracterizados en virtud de los beneficios que producen en los organismos que los poseen. Pero al describir un órgano como fotosensible, se lo comprende de acuerdo a la capacidad (funcional_e) para detectar luz que proporciona al organismo, ignorando los detalles específicos acerca de su implementación en diferentes especies (Allen–Bekoff, 1994).⁴ Con respecto a esto, aseveran:

No importa cuáles sean los mecanismos causales que vinculan el genotipo al fenotipo, y al fenotipo con la ventaja selectiva, la ventaja selectiva que resulta es lo que importa para las explicaciones en biología evolutiva. Caracterizamos el fenotipo en términos de las capacidades funcionales que proveen (Allen–Bekoff, 1994, 234).

También en este caso es posible trazar el paralelo de estas propuestas con el programa dennettiano, respecto de la distinción de niveles en personal y sub– personal, respectivamente.

Siguiendo a Griffin —el “padre” de la etología cognitiva—, Allen y Bekoff sostienen que la ventaja selectiva de los estados cognitivos consiste en permitir a los organismos reaccionar de manera apropiada al entorno en una *variedad de*

³ Los monos verdes, por ejemplo, emiten un grito de alarma tras un “estímulo” de leopardo; este grito previene a los miembros del grupo de la presencia del depredador. Sin embargo, en ciertas ocasiones, los machos suelen suprimir el grito mientras se escabullen silenciosamente entre los árboles, en caso de encontrarse cerca de un macho rival, frustrando, de este modo, las expectativas del conductista (Cheney–Seyfarth, 1990a). El interés que revisten las conductas de engaño se debe a que quien realiza el engaño requiere representar, de algún modo, los estados mentales actuales y futuros de la víctima del engaño, lo cual requiere la incorporación de un lenguaje psicológico en las explicaciones acerca de su comportamiento.

⁴ En “La evolución, el error y la intencionalidad” (Dennett, 1987, §8) Dennett defiende lo que puede considerarse una concepción naturalista de la intencionalidad, al reconstruir un relato que describe esta propiedad, tal como está instaurada en la especie humana, como un producto tardío de la evolución natural o “madre naturaleza”. En este sentido, reivindica la tesis, presentada anteriormente, de que la actitud intencional es un subtipo de la actitud de diseño, pues —desde el punto de vista del relato al que hago referencia—la intencionalidad humana es considerada en virtud de sus ventajas adaptativas.

circunstancias. Y afirman que sin la flexibilidad que caracteriza los sistemas cognitivos no habría ventajas sobre los mecanismos básicos más simples. En consecuencia, infieren que los organismos con capacidades cognitivas difieren de los que carecen de ellas debido, en parte, a la plasticidad de su conducta en respuesta a las diferentes condiciones ambientales. Por ello, resulta adecuado suponer que el papel funcional_e de los sistemas cognitivos consiste en permitir a un organismo *representar* y responder a las condiciones ambientales locales. Así, Allen y Bekoff concluyen que de la misma forma que una explicación evolutiva de los órganos fotosensibles se compromete con una caracterización funcional_e, una explicación evolutiva de la cognición también está comprometida con una caracterización de las habilidades cognitivas —que contemple el papel “funcional_e” que cumplen en la conducta adaptativa del organismo— que las describa como representativas e intencionales (Allen–Bekoff, 1994).⁵ Como en el caso de la caracterización funcional_e de los órganos fotosensibles, es posible adscribir estados mentales intencionales a animales de distintas especies en virtud de las ventajas que produce poseer tales estados, independientemente de las explicaciones causales de los mecanismos y estructuras físicas que subyacen a los organismos de cada especie, obteniendo de este modo un buen grado de generalidad en las explicaciones, adecuado para realizar estudios comparativos. Al depender de criterios con un nivel de abstracción semejante, una misma creencia puede ser adscripta a una gran variedad de comportamientos y especies disímiles, permitiendo señalar ciertas similitudes —imperceptibles desde otros niveles de explicación— y agrupar ciertas conductas bajo un mismo rótulo.

Pese a que estas propuestas muestran notables similitudes con la dennettiana, puntualmente respecto de la importancia del empleo de un lenguaje mentalista para dar cuenta de la conducta animal, así como también con respecto de la relación entre los niveles de explicación intencional, funcional_s y mecánico, no obstante, Dennett ha recibido algunas críticas por parte de estos autores. Allen y Hauser (1991), en particular, critican a Dennett (1969; 1987) por otorgar a los conceptos mentalistas un papel únicamente heurístico en la predicción del comportamiento animal “sin ningún papel en la descripción científica” de los organismos. Contrastan esta posición con la de Griffin, cuyas investigaciones científicas de la consciencia animal (*animal awareness*) presuponen que los estados mentales de los animales son “fenómenos reales” que requieren una explicación científica (Allen–Hauser, 1991; Griffin, 1981).

Sin embargo, por diversos motivos, creo que esta crítica está mal encaminada. Pues, en primer lugar, pasa por alto los innumerables comentarios realizados por Dennett en los que hace explícita su posición ontológica acerca de los estados mentales. Según esta posición —defendida en detalle en “Real Patterns” (Dennett, 1998), pero inicialmente propuesta en Dennett (1987)— la adscripción

⁵ Cf. nota 2.

de creencias no sólo tiene un papel heurístico en la generación de hipótesis, sino que también pretende capturar “patrones de conducta racional” que, a pesar de depender de la adopción de una actitud determinada, constituyen modelos reales y objetivos del mundo. En segundo lugar, no queda claro qué se entiende aquí por “fenómenos reales” (¿mecanismos o procesos físicos?, ¿fenómenos funcionalmente, individuados?, ¿propiedades emergentes?). Es cierto que los autores reconocen no brindar argumentos en contra del eliminativismo (que atribuyen a Dennett), sin embargo debería quedar claro, al menos, a qué se refieren con la tesis de que los estados mentales de los animales son “fenómenos reales”. Dennett, por su parte, ofrece una concepción acerca de los estados mentales: para él, la adscripción intencional refiere *abstracta*, esto es, entidades definidas en virtud de cálculos lógicos que designan estados provistos de información acerca del medio ambiente, de carácter disposicional y difuso que, si bien no son individuados física ni funcionalmente, son con todo tan reales como los centros de gravedad (Dennett, 1987, §3). Además, su estatus ontológico tiene importancia científica no sólo en virtud de su papel en la predicción y en la explicación, sino, como vimos anteriormente, en virtud de la relación que Dennett defiende entre los niveles personal y sub-personal.⁶ Pues Dennett incluso invierte el orden de los beneficios explicativos, al afirmar que:

La tarea reductora final sería mostrar no cómo los términos de la teoría del sistema intencional se pueden eliminar a favor de los términos fisiológicos por la vía de la psicología sub-personal, sino casi lo contrario: mostrar cómo un sistema descrito en términos fisiológicos podría garantizar una interpretación como sistema intencional realizado (Dennett, 1987, 72).

Esta cita transparenta inequívocamente una posición no-eliminativista. Sin embargo, uno podría creer que mientras Dennett defiende esta reducción del nivel sub-personal al personal respecto de la mente humana, defiende, en cambio, una posición instrumentalista respecto de las mentes no-humanas. Pero la viabilidad de esta interpretación se esfuma si se tiene en cuenta que uno de los objetivos explícitos de la teoría de los sistemas intencionales es brindar una concepción gradualista y evolutiva de la intencionalidad y de la mente, que sea lo suficientemente flexible para dar cuenta de las competencias cognitivas animales, antes de brindar una concepción acabada y excluyente de la inteligencia humana (Cf. Dennett 1987, 68–69; 1987, 306; 1996):

Las capacidades cognitivas de los animales que no usan lenguaje (y los Robinson Crusoe, si es que los hay) también deben ser tomadas en cuenta, y no sólo en términos de analogía con las prácticas de nosotros, los que usamos un idioma.

⁶ Creo que la posición de Dennett es más radical que lo que se defendió en este apartado. Pues por un lado, cree que una teoría de la competencia marca el camino a recorrer por una teoría de la ejecución, pero, por otro lado, rechazando en forma contundente el modelo (sub-personal) computacional/individualista de la mente, propone (en la misma línea que Clark, por ejemplo) un modelo semántico, holista (y evolutivo), que depende, de un modo u otro, de nociones intencionales (Cf. “Los estilos de representación mental” en: Dennett, 1987; Clark, 2002).

El macro-nivel *hasta* el cual deberíamos vincular los micro-procesos del cerebro para entenderlos como psicológicos es más ampliamente el nivel [*de la interacción social y*] de la interacción, desarrollo y evolución organismo-entorno. (Dennett, 1987, 69)

En definitiva, Dennett no sólo cree que debe preservarse un nivel de explicación personal, en términos intencionales, aún cuando se desarrolle otro tipo de explicaciones científicas, sino que, además, éstas se ven obligadas a tener como eje una caracterización intencional de las capacidades cognitivas, dado que se remiten a sistemas ubicados en un entorno social y biológico para distintos tipos de mentes además de la humana. Al considerar la mente y la intencionalidad dentro de un plano evolutivo se requiere, en consecuencia, dar cuenta de estos fenómenos en sus formas más rudimentarias, tal como se exhiben, por ejemplo, en criaturas no-lingüísticas, como los animales. Ello, además, responde a la estrategia de dar cuenta de la creencia —que es, para Dennett, un fenómeno más básico que se extiende ampliamente entre organismos naturales y otras entidades— previamente a dar cuenta de la intencionalidad y la mente en su forma más evolucionada, paradigmáticamente humana (Dennett, 1987). Tal como se manifiesta en diversos lugares de su obra, Dennett constantemente fomenta “la estrategia de intentar aclarar primero las necesidades de representación y los recursos de los animales que no utilizan un lenguaje, antes de tratar de elaborar una relación de la creencia humana (o como Dennett diría, la opinión) sobre esa base” (1987, 306). Esta propuesta, para Dennett, puede ser ampliamente satisfecha por la actitud intencional, a la que considera una herramienta útil para dilucidar los misterios de todo tipo de mentes.

En el próximo apartado, presentaré la perspectiva que defienden los etólogos cognitivos Cheney y Seyfarth, con quienes Dennett ha interactuado en diversas ocasiones y que manifiestan un amplio acuerdo con la propuesta dennettiana para dar cuenta del comportamiento de animales no-humanos. El trabajo de estos etólogos ha recibido un gran reconocimiento en el contexto de la etología, así como también en el contexto de algunas discusiones filosóficas y muestra un interés adicional, pues exhibe un tipo de relación muy interesante entre ciencia y filosofía.

3.2 Caminos encontrados: *la adscripción intencional en el ámbito de la etología cognitiva*

Como se mencionó antes, hay una convergencia entre la propuesta general dennettiana y las investigaciones realizadas tanto en contextos filosóficos como científicos. Como ejemplo, me he referido a algunas de las reflexiones generales presentadas por Allen, Bekoff, Jamieson y Hauser, todos ellos pertenecientes a dominios de estudio muy diversos. Ahora bien, las consideraciones teóricas y metodológicas generales que aparecen en los artículos mencionados, como espero mostrar, convergen notablemente con las reflexiones preliminares realizadas por los etólogos Cheney y Seyfarth, en *How Monkeys See the World* (1990a).

Cheney y Seyfarth afirman puntualmente que su trabajo de campo sobre los monos verdes (Parque Amboseli, África del Sur) adopta una perspectiva evolucionista que hace uso de suposiciones acerca de la función o *razón de ser* de los rasgos encontrados en ciertas especies; para ellos

Adoptar una perspectiva evolutiva significa enfocar el estudio de la inteligencia primate desde una perspectiva práctica, funcional. ¿Cuáles son los problemas que los monos enfrentan en su vida diaria? ¿Qué *necesitan* conocer, y cómo un método de obtener y almacenar conocimiento podría brindar a ciertos individuos una ventaja reproductiva sobre otras? Realizados cuidadosamente, tales análisis pueden sugerir no sólo cómo evolucionó la inteligencia humana sino *por qué* (Cheney–Seyfarth, 1990a, 10. *La traducción es mía*)

Esta perspectiva, a mi entender, guarda un gran parecido con la propuesta de Dennett y las propuestas presentadas de Allen, Bekoff, Jamieson y Hauser. Situándose dentro de una línea de investigación adaptacionista, Cheney y Seyfarth parten de la hipótesis de que la mayoría de los patrones de conducta, como la mayoría de las estructuras morfológicas, han evolucionado y cumplen alguna función adaptativa. Para ellos, el núcleo de esta línea de investigación consiste en adoptar ese enfoque como un supuesto, no como una conclusión, y su primer objetivo es sugerir predicciones verificables que pueden, en última instancia, revelar tanto las ventajas conferidas por un cierto rasgo como las constricciones bajo las cuales la evolución ha operado. A partir de este supuesto, y apoyados en observaciones precisas del comportamiento de los animales que estudian dentro de su entorno natural, ponen en consideración qué tipo de operaciones mentales se necesitan para dar cuenta del comportamiento observado (Cheney–Seyfarth, 1990a, §1). Describiendo el modo en que desarrollan su actividad, Cheney y Seyfarth afirman:

En vez de comprometernos con uno o más procesos específicos subyacentes a la adquisición de conocimiento, tenemos un objetivo más modesto: documentar lo que los monos parecen conocer, qué pueden hacer con tal conocimiento, y por qué *necesitan* este conocimiento bajo condiciones naturales (Cheney–Seyfarth, 1990a, 10. *La traducción es mía*).

En este sentido, la necesidad de emplear términos de un lenguaje psicológico se debe a la consideración de las constricciones evolutivas relacionadas con las ventajas adaptativas que el *conocimiento* del entorno biológico y social provee a distintos organismos. Teniendo como escenario estos presupuestos, Cheney y Seyfarth afirman que, dentro de la variedad de conductas registradas, existen ciertos tipos de comportamiento que parecen requerir no sólo una consideración de las relaciones que los animales tienen con el entorno circundante, sino también con otros estados mentales. Ejemplo de este tipo de conducta son los casos de engaño, de altruismo recíproco, y diversas modalidades de comportamiento “político” especialmente en primates, tales como establecimiento de alianzas, emboscadas, comportamientos de asistencia, etc. (Cf. Cheney–Seyfarth, 1990a; 1992.; 1998; de Waal, 1996). El punto es que la utilización de conceptos como

“reconocimiento”, “representación”, “adscripción”, “consciencia”, “estrategia” y “cognición”, no sólo permite explicar, reordenar y clasificar los datos documentados, sino que además permite formular nuevas hipótesis verificables empíricamente sobre la conducta subsiguiente de los animales que estudian (Cheney–Seyfarth, 1990a). Por ejemplo, los monos verdes habitan un entorno social complejo. Suponer que ellos siguen el principio de “mantener vínculos estrechos con la familia y establecer buenas relaciones con los miembros de las familias de casta superior” permite predecir el tipo de interacción que mantienen distintos miembros de la especie, a saber: tiempo de espulgue, enfrentamientos, reconciliaciones, alianzas, etc. (Cheney–Seyfarth, 1990a; 1990b; 1998). Pero tal principio requiere, a su vez, suponer que tienen una representación de las relaciones que median entre los individuos del grupo.

El punto es que si nosotros (como observadores) o los monos (como participantes) queremos explicar o predecir el comportamiento social, debemos cambiar nuestro foco de análisis de un conjunto de interacciones simple y concreto a una relación que es más compleja y abstracta (Cheney–Seyfarth, 1990a, 176. *La traducción es mía*)

En este sentido, el trabajo de estos investigadores se adecua perfectamente a las directrices teóricas y metodológicas propuestas por Dennett. Pues, en primer lugar, al igual que Dennett y los otros autores (Allen, Beckoff, Jamieson y Hauser), Cheney y Seyfarth destacan los beneficios heurísticos de adoptar un lenguaje mentalista, adscribiéndoles a los monos verdes estados mentales — como la representación de relaciones— para describir, sistematizar, explicar y predecir su comportamiento. Y en segundo lugar, consideran que una caracterización mentalista de estos animales es una tarea separada y probablemente previa respecto de la caracterización (que Dennett denomina *sub-personal*) de los mecanismos causantes de las capacidades cognitivas que constituyen el eje de una caracterización *personal*.⁷

En este apartado he presentado algunos enfoques relativos al estudio del comportamiento de animales no-humanos que convergen en una serie de puntos; en particular, todos ellos adoptan una perspectiva evolutiva, realizan algunas distinciones estratégicas coherentes con la investigación del comportamiento animal a partir de diversos planos explicativos y, puntualmente, defienden el empleo de un lenguaje mentalista, destacando sus ventajas para dar cuenta de los comportamientos y capacidades cognitivas de estos animales. Al igual que la

⁷ Téngase en cuenta que si “personal” se define en virtud de un nivel de explicación intencional y normativa (racional), teniendo en cuenta la totalidad del organismo y no alguna de sus partes en particular, entonces, el concepto dennettiano supone una noción ampliada de persona, que incluye animales no-humanos. Su inclusión de esos animales dentro del concepto de persona abre nuevas perspectivas en torno a ellos. Por ejemplo, “El proyecto gran simio”, intenta defender la extensión de algunos derechos que reconocemos para los miembros de la especie humana al grupo más amplio de los grandes simios antropoides (Singer–Casal, 2000). O bien, de Waal (1996) que encuentra en algunas culturas animales — primates y cánidos, por ejemplo— los gérmenes que dieron origen a nuestra moralidad.

propuesta dennettiana, estos enfoques no sólo ofrecen nuevas perspectivas para la dilucidación filosófica acerca de la mente y el comportamiento animal, sino que además plantean interrelaciones interesantes entre ciencia y filosofía, a saber: entre etología y filosofía de la mente y entre las diferentes áreas científicas que estudian la cognición animal —psicología cognitiva, neurofisiología, biología evolutiva, etc. Teniendo como eje la propuesta dennettiana, en el próximo apartado sostendré que en la base de estos enfoques coexisten fuertes compromisos acerca de cómo hacer filosofía. Allí intentaré destacar algunos de los presupuestos y consecuencias meta-filosóficas que se siguen de estas perspectivas.

4.1 Aspectos meta-filosóficos

Las consideraciones presentadas anteriormente sobre los diferentes niveles de estudio del comportamiento animal conducen a una serie de reflexiones meta-filosóficas, esto es, acerca de la labor filosófica. A continuación, mencionaré ciertos elementos que se encuentran en la obra de Dennett, algunos de los cuales son compartidos también por las posiciones presentadas de Allen, Bekoff, Jamieson, Hauser, Cheney y Seyfarth. Sin ocuparme puntualmente de los elementos particulares que caracterizan estas últimas posiciones, intentaré marcar algunos puntos en común con la posición dennettiana.

Para empezar, uno de los elementos que cabe destacar dentro de la meta-filosofía dennettiana reside en la relación de ida y vuelta que mantiene con los trabajos desarrollados en ámbitos científicos, pues Dennett continuamente insiste en la importancia de pensar las viejas discusiones filosóficas, así como también, de plantear nuevos problemas, en el contexto de las teorías vigentes de las ciencias pertinentes. Esto implica, por un lado, explotar intuiciones —pero también diluir confusiones conceptuales— que despiertan las diversas teorías científicas tanto en el planteo de nuevos problemas filosóficos como en el replanteo de los viejos, a través de la generación y redirección de nuevas y antiguas preguntas. Por otro lado, también implica, para Dennett, utilizar el terreno científico para “contrastar” teorías filosóficas, pues supone que las reflexiones filosóficas deberían ser propensas a generar preguntas, experimentos e hipótesis verificables empíricamente. Sin embargo, el compromiso que Dennett mantiene con las ciencias es más profundo y lo hace expreso en el punto de partida de la teoría de los sistemas intencionales, donde sostiene: “Declaro que mi punto de vista es el mundo objetivo, materialista, tal como lo ve la tercera persona de las ciencias físicas” (Dennett, 1987, 18. Cf. 1998, §25).

Otro de los elementos meta-filosóficos destacables, relacionado con el anterior, consiste en la pretensión de brindar una caracterización de la mente y de la intencionalidad (humana y animal) dentro del marco de una concepción *evolucionista*, entendiendo estos fenómenos como subproductos de la evolución natural. Esta estrategia promete una serie de ventajas, en particular, ofrece un plano

en el que compara las diferentes manifestaciones de la mente y la intencionalidad, abarcando desde los casos más simples hasta los más complejos. Esto es posible gracias a que, como se mencionó anteriormente, la teoría de la actitud intencional supone un grado de abstracción por encima de los niveles explicativos estructurales más básicos —funcional_s y neurofisiológico. Situada en un nivel de abstracción más elevado, la actitud intencional obtiene un nivel de generalidad descriptiva que permite omitir los detalles de las implementaciones concretas de los sistemas intencionales singulares, pudiendo, en consecuencia: a) realizar preguntas generales relacionadas con la inteligencia en general, no sólo la específicamente humana; b) hablar de las capacidades cognitivas compartidas por diferentes especies, sorteando otras diferencias existentes entre ellas (Dennett, 1987; 1996; 1998, §25).

Dennett, junto con Cheney y Seyfarth (1990a), se adhiere al enfoque evolutivo conocido como adaptacionismo. Según Dennett (1987, §7, 8) este enfoque caracteriza la evolución natural como un proceso *optimizador* que selecciona aquellos rasgos que brindan a los organismos mayores posibilidades adaptativas. De ahí que esta perspectiva permita plantear y responder preguntas relacionadas con los *porqué*, es decir, con las *razones de ser* o los fundamentos de ciertos rasgos evolutivos. Es por ello que este enfoque resulta propicio para pensar la intencionalidad y los diversos tipos de mente desde el punto de vista de sus ventajas adaptativas. Para Cheney y Seyfarth la adopción de un enfoque funcional_e y evolutivo repercute en sus investigaciones, guiando la adscripción de representaciones y de otras capacidades cognitivas a través de las necesidades “naturales”, esto es, las presiones impuestas por el entorno biológico y social en el que se encuentran (1990a; 1998):

Si las representaciones de ciertos aspectos del mundo existen en la mente de los monos, asumimos que lo hacen porque confieren ventajas selectivas en aquellos que las utilizan. También suponemos que lo que sea representado, al igual que la estructura de información contenida dentro de una representación, será determinado por la utilidad relativa de una operación en contraposición a otras (Cheney–Seyfarth, 1990a, 176. *La traducción es mía*).

A partir de estos elementos se puede concluir que la propuesta dennettiana, junto a la de Cheney y Seyfarth, sitúa la intencionalidad en un marco evolutivo que resulta consecuente con una perspectiva gradualista de la mente, amplia y permisiva, que contempla la intencionalidad tanto en sus formas más rudimentarias (no-lingüísticas) como en su variante más sofisticada (humana y lingüística), y que hace posible realizar comparaciones entre los diversos tipos de mente que exhiben las distintas especies biológicas, teniendo como eje las ventajas adaptativas que aportan.

Consecuentemente, este enfoque promete una imagen de la mente que: (i) articulada con una ontología materialista y con la perspectiva de conocimiento de la tercera persona, y (ii) considerada dentro un proceso gradual y evolutivo, (iii) parece menos milagrosa. De ahí que este enfoque resulta propicio para esbozar

una explicación del surgimiento gradual de las mentes más sofisticadas, como la humana, a partir de mentes más simples, como la de otros animales. Pues, “la mente parece menos milagrosa cuando se ve cómo puede haberse formado a partir de distintos elementos y cómo sigue dependiendo de esos elementos” (Dennett, 1996, 181). Estas ideas ponen al descubierto la relevancia de brindar una explicación de las mentes más simples antes de una explicación de las mentes más desarrolladas y, en forma análoga, explicar los fenómenos más básicos antes que los fenómenos más sofisticados. Esta estrategia se opone a la tendencia de algunos filósofos más tradicionales que explican, en primer lugar, un fenómeno más complejo y desarrollado, tal como la mente humana —de seres lingüísticamente competentes— obstaculizando el estudio de fenómenos más simples, como las mentes de otros animales (como ejemplo ver Davidson, 1985).

Hasta aquí, he mencionado algunos de los aspectos y consecuencias meta-filosóficas de la teoría dennettiana de la mente estableciendo algunos paralelos con el resto de los enfoques presentados anteriormente. A continuación, presentaré una distinción propuesta por el filósofo Eduardo Rabossi, que proporciona distintos elementos para alcanzar una mejor caracterización de tales aspectos.

4.2 Naturalismo filosófico vs. Naturalismo meta-filosófico

En el apartado anterior mencioné algunos de los elementos que forman parte de la concepción dennettiana de la filosofía: i) la adhesión a la ontología y la epistemología de las ciencias físicas, ii) la perspectiva evolucionista y iii) la vinculación activa de la actividad filosófica con la científica. Al margen de las consecuencias particulares que Dennett extrae de ellos, estos elementos constituyen componentes nucleares de lo que se conoce actualmente como “naturalismo filosófico”. Si bien actualmente es común hablar de naturalismo en el contexto de la filosofía de la mente, su significado generalmente permanece oscuro, pues éste parece tener implicancias heterogéneas para diferentes filósofos.⁸ Para aclarar en qué sentido Dennett se inscribe en un proyecto naturalista, veamos la distinción propuesta por Rabossi.

Rabossi propone distinguir “naturalismo” de “naturalismo meta-filosófico”. Con *naturalismo* se refiere a aquellas teorías caracterizadas fundamentalmente en virtud del siguiente compromiso ontológico: “todo lo que hay son entidades, propiedades y procesos naturales”, donde *natural* comprende a menudo *entidades, propiedades y procesos* pertenecientes al dominio de la Física. Para Rabossi no es contradictorio que este naturalismo se adhiera al *canon* tradicional, impuesto por la filosofía analítica anglosajona y “sus dependencias”. La concepción canónica

⁸ No es mi intención aquí formar parte en la discusión que tiene como cuestión central qué se entiende o qué se le exige a una concepción naturalista (para ello, Cf. Searle, 1992; Seager, 2000; Ross, 2000; Rabossi, 2002). Aquí tomaré únicamente el enfoque de Rabossi, que me parece apropiado para clarificar la postura dennettiana.

de la filosofía y de la práctica filosófica funciona normativamente legitimando un conjunto de problemas, estrategias teóricas y presupuestos incuestionables. Según esta concepción, el filósofo busca descubrir *verdades necesarias* acerca de ciertos fenómenos, a través del *análisis conceptual*, sin el estudio empírico de la mente y de sus operaciones. La esencia de tales fenómenos está contenida *a priori* en los conceptos mentales. Supone entonces que la *filosofía de la mente* tiene un núcleo definido de problemas: relación mente/cuerpo, intencionalidad, pensamiento, lenguaje, el yo, etc. Mientras que las representaciones y las imágenes mentales, la racionalidad, la toma de decisiones, el lenguaje, la adquisición de lenguaje, las naturalezas de la psicología popular y sus relaciones con las otras psicologías, la controversia entre inteligencia artificial y el conexionismo, forman parte del repertorio de problemas de la *filosofía de la psicología*, que tiene por objeto la reflexión teórica acerca de las investigaciones propias de la psicología científica (Rabossi, 2002, 25–26).

Con *naturalismo meta-filosófico*, en cambio, se entienden aquellas concepciones caracterizadas por cuestionar críticamente el canon, en particular, a la concepción autonómica de la filosofía —la supremacía que se le atribuye a la filosofía por sobre las ciencias— porque considera que la filosofía es contigua a ellas. De igual modo, estas concepciones cuestionan el purismo *apriorista* y la nimiedad que el canon atribuye a las cuestiones empíricas relevantes. Esto no significa que las variantes meta-filosóficas del naturalismo cuestionen necesariamente que el filosofar se encuentre asociado con la elucidación conceptual y su carácter *a priori*, sino que no conciben estas tareas separadas de las elucidaciones empíricas realizadas por las ciencias pertinentes. Una de las variantes más interesantes de la tesis de la *contigüidad de la filosofía y las ciencias* se traduce bajo el requisito de una *interface* que permite que quienes filosofamos y quienes hacen ciencia interactuemos enriqueciendo nuestras respectivas prácticas teóricas (Rabossi, 2002, 27–28).

Ahora bien, a partir de la tesis de la continuidad entre ciencia y filosofía resulta conveniente replantear la agenda de problemas a sugerir por un “meta-naturalista”. En primer lugar, esta tesis parece implicar que no hay una delimitación clara entre la filosofía de la mente y la filosofía de la psicología. Pues esta contigüidad implicaría que la filosofía de la mente es, como la filosofía de la psicología, permeable a los datos y desafíos conceptuales provenientes de la investigación científica, aunque a diferencia de la filosofía de la psicología, no privilegia ninguna disciplina científica en particular sino que se mantiene de igual modo abierta respecto de la psicología, las neurociencias, la inteligencia artificial, la lingüística, la etología cognitiva y la psicología cognitiva.

Si bien esta clasificación no pretende ser exhaustiva, la misma resulta muy útil para subrayar los elementos distintivos de la meta-filosofía de Dennett. En el próximo apartado, señalaré algunos de los elementos que permiten sostener, junto a Rabossi, que la filosofía dennettiana de la mente ejemplifica un naturalismo de

tipo *meta-filosófico*. Para esto, me concentraré puntualmente en el vínculo que la filosofía de Dennett mantiene con la etología cognitiva y la importancia que le otorga en la discusión sobre la mente animal.

4.3 Dennett y el naturalismo meta-filosófico: algunas intersecciones entre la filosofía de la mente (*animal*) y la etología cognitiva

La pertenencia de este segundo tipo de naturalismo meta-filosófico se evidencia principalmente en lo que Dennett denomina un “abandono de la actitud teórica”, es decir, en su insistencia por dejar atrás una labor filosófica destinada al análisis conceptual puro y a la búsqueda de brindar, *a priori*, condiciones necesarias y suficientes acerca [*del uso*] de los conceptos mentales. A los fines de estimular y enriquecer la discusión puramente filosófica, Dennett intenta, de diversos modos, vincular el filosofar con la actividad científica de disciplinas tales como la inteligencia artificial, la neurofisiología, la psicología, la lingüística, la etología cognitiva y las ciencias cognitivas en general. La siguiente reflexión intenta diseñar esta rutina novedosa de trabajo filosófico:

Con frecuencia, los filósofos son correctamente acusados de practicar una psicología (o neurociencia, o física, o...) de sillón y hay muchas historias embarazosas acerca de los filósofos confiados en sus declaraciones *a priori*, desmentidas más tarde en los laboratorios... Una respuesta razonable es estudiar, sentado en el propio sillón, los mejores frutos del laboratorio y actuar con la filosofía que se tiene tratando de iluminar los obstáculos conceptuales y, ocasionalmente aislarse, con el objeto de aclarar, de un modo u otro, las implicaciones de alguna idea teórica... Me aparto así de las controversias que capturan la imaginación de otros colegas, porque los problemas filosóficos que surgen de modo directo en la investigación no filosófica en la ciencia cognitiva me parecen mucho más interesantes, desafiantes y sustantivos (Dennett citado en: Rabossi, 2002, 31).

Uno de los modos en el que Dennett (1998, §20) plantea esta interacción entre el quehacer filosófico y la práctica científica consiste en analizar, desde el punto de vista filosófico, casos y experimentos insertos en el mundo (por contraposición al análisis de “experimentos mentales” —herramienta conceptual comúnmente utilizada por los filósofos de la tradición analítica pero también por Dennett). Esta actitud, que Dennett abrevia como *abandono de la actitud teórica*, se hace explícita no sólo en tanto los datos científicos, provenientes de distintas disciplinas, constituyen en buena medida la plataforma sobre la cual Dennett asienta sus reflexiones filosóficas —funcionando como disparador de preguntas filosóficas o convirtiéndose en asunto de análisis teórico—, sino también, en el empleo del terreno científico para *contrastar* teorías e hipótesis filosóficas.

Este modo específico de entender el filosofar es ejemplificado por la relación que Dennett mantiene con la etología cognitiva, y que gira en torno a la aplicación de la actitud intencional al reino animal. Por ejemplo, en “Out of the Armchair and into the field”, Dennett (1998, §20) relata algunas de sus experiencias e intentos por aplicar la actitud intencional al comportamiento animal. En este artículo queda

claro que el material provisto por la etología cognitiva es acogido para distintas funciones: por un lado, se utiliza para determinar qué organismos pueden ser considerados sistemas intencionales, o verdaderos creyentes; pero, por otro lado, también para hacer visibles los límites de la actitud intencional, es decir, desentrañando problemas prácticos y metodológicos para poner en marcha algunos experimentos diseñados a partir de ella, así como también para evaluar los inconvenientes resultantes de tratar con criaturas carentes de lenguaje, como los animales no-humanos (Dennett, 1987, §7; 1998, §20–22, 24). Allen y Hauser defienden una posición semejante respecto de la etología cognitiva. Para ellos: “Los filósofos deberían estar interesados en las habilidades mentales de los animales, dado que los temas que surgen proveen un terreno para contrastar las teorías filosóficas de la mente” (Allen–Hauser, 1991, 47. *La traducción es mía*).

Otra de las pretensiones que Dennett defiende —quizá la más ambiciosa— consiste en proporcionar a la etología cognitiva un marco teórico y metodológico sensible a las investigaciones empíricas acerca del comportamiento y las capacidades cognitivas animales. Veamos la siguiente cita:

El campo de la etología cognitiva proporciona una rica fuente de material para el análisis del significado y la mentalidad y hasta ofrece algunas perspectivas tentadoras para que los filósofos contribuyan bastante directamente al desarrollo de los conceptos y métodos de otra disciplina (Dennett, 1987, 211).

Al igual que lo propusieron Allen, Hauser, Bekoff y Jamieson, Dennett pretende consolidar, a través de la teoría de los sistemas intencionales, un lenguaje mentalista que permita a los etólogos reunir, clasificar y organizar los datos recolectados, ampliando sus posibilidades descriptivas, explicativas y predictivas. Si bien es cierto que lograr que una idea filosófica se emplee en un ámbito científico es un anhelo ambicioso para un filósofo, diversos etólogos, sin embargo, reconocen haber explotado los recursos heurísticos de la actitud intencional. Como ejemplo, Carolyn Ristau, en “Aspects of the cognitive ethology of an injury–feeling bird” (1991), destaca la utilidad de la actitud intencional en sus investigaciones:

La actitud me condujo a diseñar experimentos que no se me habrían ocurrido de otra manera, que nadie había hecho, y que revelaron complejidades en la conducta de distracción de los *piping plover* nunca antes apreciada. Invito a los lectores a adoptar la actitud de comportamiento intencional y contribuir a delinear los niveles y tipos de conocimiento y finalidad (*purposiveness*) que un organismo puede tener. (Ristau, 1991, 85. *La traducción es mía*).

Análogamente es posible emparentar la propuesta dennettiana con el trabajo de Cheney y Seyfarth (1990a), quienes destacan el papel que cumple la adscripción de estados mentales a los monos verdes en la descripción, explicación y predicción de su comportamiento. Similarmente, de Waal, en su defensa del estudio del comportamiento de los chimpancés y otros animales bajo una perspectiva moral o política, también reconoce los beneficios resultantes de poner en práctica este tipo de heurística. Tras mantener una perspectiva política y bajo la observación

del seguimiento de reglas sociales por parte de los chimpancés, en “Bien natural”, de Waal despliega una serie de hipótesis sobre las habilidades cognitivas y las competencias que les permitirían a estos animales comportarse normativamente. Para él, “Si pensamos en términos de reglas y violaciones, quizá descubramos las características más relevantes [*de los chimpancés*]” (de Waal, 1996, 121).

Luego de analizar y vincular estos diferentes enfoques, es visible cómo los elementos meta-filosóficos implicados ofrecen, en su conjunto, nuevas y valiosas perspectivas para la exploración filosófica del comportamiento y de la mente animal. Pasemos ahora a las reflexiones finales.

5. Observaciones finales

En el último apartado, se exploraron ciertas cuestiones meta-filosóficas subyacentes a la propuesta dennettiana, algunas de ellas también discernibles en los otros enfoques. La consideración de la meta-filosofía de Dennett y la de los otros autores (Allen, Beckoff, Jamieson y Hauser) puso al descubierto una serie de elementos y estrategias naturalistas —o “*meta-naturalistas*”— para la reflexión filosófica acerca de la mente animal con implicancias para su estudio científico. A mi entender, una valoración completa de estas posiciones frente a la adscripción intencional a animales no-humanos, al igual que una apreciación del papel que Dennett le otorga a la teoría de la actitud intencional respecto de la psicología sub-personal, debería tener en cuenta este conjunto de elementos meta-filosóficos.

De acuerdo con el análisis presentado, se puede concluir que la propuesta dennettiana, además de ofrecer modos de sistematizar los principios para la adscripción de creencias, deseos y otros fenómenos mentales intencionales de una manera lo suficientemente sensible al comportamiento y a las capacidades cognitivas animales, ésta, considerada globalmente permite vincular la actividad filosófica con la científica, manteniéndose permeable a los datos que la última provee, y procurando, en consecuencia, brindar por esta vía un tratamiento enriquecido de las cuestiones teóricas que caracterizan las discusiones filosóficas. Siguiendo a Rabossi, creo que estos elementos si bien no brindan argumentos concluyentes y persuasivos a favor de esta posición, sin embargo, sí brindan *buenas razones* para preferir este tipo de propuestas en lugar de otras. La multiplicación de los materiales e hipótesis para la investigación, así como la consecuente multiplicación de las respuestas a los problemas planteados son el núcleo de esas *buenas razones*.

Espero que esta indagación acerca de las estrategias y de los elementos meta-filosóficos examinados invite a pensar en sus posibles implicancias y extrapolaciones benéficas respecto de otras áreas del quehacer filosófico.

Bibliografía

- Allen, Collin; Bekoff, Marc, (1994), "Intentionality, Social Play, and Definition", en: Bekoff, Marc y Dale Jamieson, (eds.), *Readings in Animal Cognition*, Massachusetts, The Mit Press, 1996, pp. 229–239.
- Allen, Collin; Hauser, Marc, (1991), "Concept Attribution in Non-Human Animals: Theoretical and Methodological Problems in Ascribing Complex Mental Processes", en: Bekoff, Marc; Jamieson Dale, (eds.), *Readings in Animal Cognition*, Massachusetts, The Mit Press, 1996, pp. 47–62.
- Bermúdez, José, (2000), "Personal and Sub-personal: A Difference without a Distinction", en: *Philosophical Explorations*, 3, 2000, pp. 63–82.
- Cheney, Dorothy; Seyfarth, Robert, (1990a), *How Monkeys See the World*, Chicago, University of Chicago Press.
- _____, (1990b), "In the Minds of Monkeys", en: *Natural History*, 99.
- _____, (1992), "Inside the Mind of a Monkey", en: Bekoff, Marc; Jamieson Dale, (eds.), *Readings in Animal Cognition*, Massachusetts, The Mit Press, 1996, pp. 337–343.
- _____, (1998), "Cognitive Strategies and the Representation of Social Relations by Monkeys", en: *Nebraska Symposium on Motivation*, 47, pp. 145–178.
- Clark, Andy, (2002), "Minds, Brains and Tools", en: Clapin, Hugh, (ed.), *Philosophy of Mental Representation*, Oxford, Clarendon Press, 2002.
- Davidson, Donald, (1985), "Rational Animals", en: LePore, Ernest; McLaughlin, B., (eds.), *Actions and Events*, Oxford, Blackwell, pp. 473–479.
- Davies, Martin, (2000), "Persons and their Underpinnings", en: *Philosophical Explorations*, 3, 2000, pp. 43–62.
- Dennett, Daniel, (1969), *Contenido y Consciencia*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- _____, (1987), *La Actitud Intencional*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- _____, (1998), *Brainchildren*, Massachusetts, The MIT Press.
- _____, (1996), *Tipos de Mentes*, Madrid, Debate, 2000.
- Dennett, Daniel; Haugeland, John, (1987), "Intentionality", en: *The Oxford Companion to the Mind*, R. L., Gregory, (ed.), Oxford University Press.
- Descartes, René, (1637), *Discurso del Método*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984.
- de Waal, Franz, (1996), *Bien Natural*, Barcelona, Herder, 1997.
- Frankish, Keith, (1998), "A matter of opinion", en: *Philosophical Psychology*, 11, pp. 423–443.
- Griffin, Donald, (1981), *The Question of Animal Awareness: Evolutionary Continuity of Mental Experience*, New York, Rockefeller University Press.
- Jamieson, Dale; Bekoff, Marc, "On Aims and Methods of Cognitive Ethology", en: *idem*, (eds.), *Readings in Animal Cognition*, Massachusetts, The Mit Press, 1996, pp. 65–78.
- Lyons, William, (1995), *Approaches To Intentionality*, New York, Oxford University Press.
- Rabossi, Eduardo, (2002), "Filosofía de la Mente y Filosofía de la Psicología: La Agenda. La Práctica. El Dominio", en: *Azafea*, 4, pp. 21–43.

- Ristau, Carolyn, (1991), "Aspects of the Cognitive Ethology of an Injury–Feigning Bird, the Piping Plover", en: Bekoff, Marc y Dale Jamieson, (eds.), *Readings in Animal Cognition*, Massachusetts, The Mit Press, 1996, pp. 79–89.
- Ross, Don, (2002), "Rainforest realism: A Dennettian Theory of Existence", en: Ross, Don; Brook, Andrew; Thompson, David, (eds.), *Dennett's Philosophy*, Massachusetts, The Mit Press, pp. 147–168.
- Seager, William, (2000), "Real Patterns and Surface Metaphysics", en: Ross, Don; Brook, Andrew; Thompson, David, (eds.), *Dennett's Philosophy*, Massachusetts, The Mit Press, pp. 95–129.
- Searle, John, (1992), *El Redescubrimiento de la Mente*, Barcelona, Crítica, 1996. Singer, Peter; Casal, Paula, (2000), "El Proyecto Gran Simio y el Concepto de Persona", en: *Laguna*, Revista de Filosofía, 7, pp. 333–347.
- Skidelsky, Liza, (2006), "Personal–Subpersonal: The Problems of Inter-level Relations", en: *Protosociology*, 22, 2006.
- Stephan, Achim, (1999), "Are Animals Capable of Concepts?", en: *Erkenntnis*, 51, 1999, pp. 78–92.

